DON QUIJOTE Y EL IDEAL ERASMISTA DEL PERFECTO CABALLERO CRISTIANO

Antonio Vilanova

A Luis Andrés Murillo, maestro y amigo

I

Anticipo, forzosamente fragmentario e incompleto, de un trabajo más extenso sobre el mismo tema, la presente comunicación tiene el exclusivo objeto de justificar la reiterada insistencia con que, a lo largo de los años, me he permitido poner de relieve el insospechado parentesco espiritual entre el *Quijote* de Cervantes y el *Enquiridión o Manual del Caballero Cristiano* de Erasmo. Obra, por cierto, cuya espléndida traducción castellana, debida al canónigo palentino Alonso Fernández de Madrid, arcediano del Alcor, fue publicada en 1526, en las prensas del impresor Miguel de Eguía, por la erasmiana Universidad de Alcalá donde hoy se celebra este acto.¹ Con tal motivo, quisiera ofrecerles, a guisa de ejemplo, algunas muestras patentes de ese influjo, que se manifiesta, las más de las veces por reacción o por antítesis, en una larga serie de coincidencias temáticas extremadamente sintomáticas, perfectamente compatibles, por otra parte, con las evidentes divergencias doctrinales e ideológicas existentes entre ambos autores.

Para ello, es indispensable aclarar previamente qué relación puede haber entre el propósito en que se inspira la genial concepción cervantina del *Quijote* y la finalidad que persigue el *Enquiridión* erasmiano, manual de cristianismo interior y código de conducta ética que pretende ajustar la práctica de la vida espiritual del hombre mundano a los preceptos de la moral evangélica. Aunque, a primera vista, la posibilidad de establecer una conexión intertextual o genética entre el *Enquiridión* y el *Quijote* resulta extremadamente remota y problemática, es evidente que la mayor dificultad que plantea queda relegada a un segundo plano en cuanto se advierte el común trasfondo espiritual subyacente en ambas obras, cla-

1. Véase Erasmo, *El Enquiridión o Manual del Caballero Cristiano* (ed. Dámaso Alonso, pról. Marcel Bataillon), *Revista de Filología Española*, Anejo XVI (Madrid), 1932. Todas las citas remiten a esta edición.

ramente relacionadas con dos facetas contrapuestas, a la vez complementarias y antagónicas, del pensamiento erasmiano.

En el caso del *Quijote* cervantino, se trata de una parodia satírica y burlesca, al estilo del *Moriae Encomium* de Erasmo, destinada a ridiculizar las ilusiones guerreras y heroicas engendradas en la fantasía de Alonso Quijano el Bueno por su desatinada lectura de libros de caballerías, que le ha hecho perder el juicio. En el caso del *Enquiridión* erasmiano, estamos ante una alegoría caballeresca, religiosa y devota, a la manera de los libros de caballerías a lo divino, en la que se describe la perpetua guerra contra los vicios y pasiones que es la vida del hombre en la tierra. Pese a las insalvables diferencias que se interponen entre ambas obras en cuanto al género, y a la enorme distancia que separa la concepción literaria y estética en que se inspiran, existe un evidente paralelismo entre los objetivos, a todas luces desemejantes y antitéticos, que persiguen la guía espiritual erasmiana y la parodia caballeresca cervantina. Paralelismo que obedece al propósito coincidente de ejemplificar, en el plano espiritual y ascético o en el terreno secular y profano, el perfil humano y moral del perfecto caballero cristiano, cuya aspiración a vivir de acuerdo con los preceptos del mensaje evangélico y adoptar como pauta de conducta los valores de la ética cristiana más pura y más alejada del buen sentido práctico, aparecen, en uno y otro caso, como expresión de una sublime locura.

En el caso concreto del *Enquiridión*, la forma que adopta este doctrinal caballeresco es la de un tratado de edificación ascética, que es a la vez un manual de vida cristiana y una guía espiritual, destinada a mostrar al lector devoto el verdadero camino de la perfección moral, que sólo se alcanza mediante la práctica del bien y de la virtud, siguiendo la imitación y el ejemplo de Cristo. Para ello, el humanismo cristiano de Erasmo, cuyo puritanismo ético exige una capacidad de sacrificio y un dominio de las pasiones prácticamente sobrehumano, pretende que el verdadero creyente, aun manteniendo su condición laica, viva en el mundo una vida tan austera como si hubiese entrado en religión. Según eso, para llevar en el siglo una vida auténticamente cristiana, debe abandonar todas sus riquezas y bienes materiales, renunciar a toda clase de lazos y afectos humanos, despreciar las vanidades y honras mundanas, y, sin hacer caso de ofensas y agravios, renunciar a la ira, el odio y la venganza, y hacer uso con todos del amor, la caridad y el perdón, devolviendo siempre bien por mal y procurando ser bueno de verdad, amando incluso a sus propios enemigos.

Aunque en rigor estricto, este cúmulo de virtudes cristianas, directamente extraídas del mensaje evangélico, son parte integrante de los votos caballerescos, inspirados en los más altos ideales de la conciencia religiosa, como son la compasión, la justicia, la caridad y la pobreza, es evidente que, personificadas en la figura noble y generosa, pero extravagante y grotesca, de Don Quijote, que cree firmemente en ellas, aunque no siempre acierta a aplicarlas o defenderlas, tienden a poner de relieve, con amargo desengaño, su carácter utópico e ilusorio y su total inutilidad para la vida práctica. El carácter poco menos que irrealizable y quimérico de esa búsqueda de la perfección espiritual, propugnada por el *Enquiridión* erasmiano, que requiere un grado de virtud rayano en la santidad, aparece

estrechamente unido, en la concepción del *Quijote* cervantino, a la notoria imposibilidad de resucitar y poner en práctica los anacrónicos ideales caballerescos que el buen hidalgo manchego pretende restaurar y que, al igual que el sacrificio y la renunciación a que ha de someterse quien aspire a seguir el ejemplo de Cristo, aparece a los ojos del mundo como una sublime locura.

Desde ese punto de vista, es evidente que la suprema originalidad de la gran novela cervantina procede, ante todo, de la genial idea erasmiana de poner los sublimes ideales de la fe cristiana en boca de un loco, como el único capaz de tomar al pie de la letra las doctrinas de caridad y amor al prójimo contenidas en el mensaje evangélico. Por otra parte, no se trata de un loco de atar, incurable y sin remedio, sino de un loco cuerdo y bondadoso, entreverado de cordura y lucidez, cuyas nobles intenciones justicieras y redentoras y generosos propósitos de hacer el bien van indisolublemente unidos a la más disparatada y absurda insensatez, por lo que al chocar fatalmente con la baja realidad del mundo que le rodea desembocan indefectiblemente en la derrota y el fracaso.²

Planteadas así las cosas, habrá que admitir que el *Quijote* de Cervantes es algo más que una mera invectiva contra los libros de caballerías, y que el propósito en que se inspira no puede reducirse al afán puramente cómico y burlesco de parodiar y ridiculizar la descabellada fantasía, el heroísmo sobrehumano y el carácter fabuloso e inverosímil del *Amadís de Gaula* y demás novelas caballerescas evocadas en sus páginas. Si se admite, como parece lógico, que la historia del buen hidalgo manchego fue concebida con una intención más profunda y trascendente, será forzoso reconocer que su objetivo primordial no puede ser otro que demostrar, con la irrefutable evidencia de los hechos, que todo intento de poner en práctica el mensaje evangélico en el mundo en que vivimos sólo puede ser obra de un loco y está fatalmente condenado al fracaso.

Este propósito fundamental, subyacente a la manifiesta intención paródica en que se inspira la novela cervantina, en lo que se refiere al evangelismo de la locura quijotesca tiene sus raíces más próximas en las ideas del *Enquiridión* erasmiano, claramente inspiradas en las palabras de san Pablo en la Epístola I a los Corintios (I, 18-31) sobre la locura de la cruz, suprema expresión en el hombre cristiano de la bondad y la sabiduría divinas. El primer planteamiento de esta idea en la obra de Erasmo, que la desarrollará posteriormente en forma satírica y burlesca en las páginas de la *Moria* (1509), se encuentra en el siguiente pasaje del *Enquiridión* (Amberes, 1503), donde define por vez primera las nociones contrapuestas de sabiduría de Dios y sabiduría del mundo, correspondientes, respectivamente, a la virtud y el bien que predica la ley de Cristo, y a la estulticia, la necedad y la locura de los vicios y pasiones mundanas:

Has de saber más adelante, que junta una masa de todos estos vicios enemigos nuestros y suyos, llamábanla unos filósofos nombrados estoicos, que eran muy devotos de la virtud, *stulticia*, en latín, que, según este propósito, *querrá aquí dezir locura*

2. Sobre la posible relación entre las ideas erasmianas y la concepción del *Quijote* cervantino, pueden verse mis trabajos en el volumen *Erasmo y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989 (col. Palabra Crítica).

mezclada con necedad de mal arte, que es peor que estotra locura que viene por falta de seso natural, y a esta misma masa de vicios que digo llámanla acá en las Sagradas Escrituras malicia, que es en la verdad como un minero de donde nacen todos los vicios. E assí como la suma de todos los vicios se nombra malicia, que es un muy gran mal, assí hay un muy gran bien en contrario della, al qual assí los filósofos antiguos como los nuestros cristianos llaman sabiduría, que es una bondad eceleste y perfeta, en la qual no hay más que pedir [...] El autor de la sabiduría, o por mejor dezir la misma sabiduría, es Jesu Christo, nuestra verdadera luz, que sólo él quita la noche de la locura y necedad humana, y deshaze las tinieblas de la malicia como eterno resplandor que es de la gloria del Eterno Padre [...] Nosotros predicamos a Jesu Christo crucificado [...], y assí nos tienen por gente loca y llena de necedad, pero a los que Dios trae para sí, esles a éstos Christo no malicia, sino antes la mesma virtud de Dios, y no necedad ni locura, sino la mesma sabiduría de Dios [cap. III, pp. 150-151].

De todo ello se desprende la idea clave de esta primera etapa iluminista del pensamiento erasmiano, caracterizada por el culto del cristianismo interior y por una manifiesta tendencia al quietismo y la inacción. Etapa cuya actitud de menosprecio y fuga del mundo corren parejas con su radical negación de la sabiduría terrenal y mundana, sólo válida, en opinión del gran humanista holandés, para desenvolverse con habilidad, astucia y malicia en la práctica de la vida corriente. De ahí que, con vistas a la salvación eterna, Erasmo recomiende encarecidamente al buen caballero cristiano que abraze la sabiduría de Dios para triunfar ante sus enemigos:

Esta sabiduría abraça tú, hermano mío, y a ésta te llega, desechando ya y despreciando la otra de acá del mundo, que para que la tengamos en mucho se llama falsamente sabiduría, no lo siendo, y con esta muestra contrahecha se nos querría vender muy caro, y assí a los locos les pone desseo de sí, comoquiera que, según sant Pablo, *no hay mayor locura en presencia de Dios que la que es tenida por sabiduría en presencia del mundo* (I, Corinthios, III, 19); porque en lugar de traer provecho al ánima, le trae daño con su presunción, la cual estorva que no nos abaxemos a aprender la verdadera sabiduría, y es menester olvidar aquélla si queremos salir con estotra, que es la que nos ha de valer, oyendo a sant Pablo: Si hay alguno entre vosotros (dize él) que sea tenido por muy sabio, y que le parezca a él que basta para mostrar a otros, créame y buélvase como quien no sabe nada, y assí será bastante para aprender la sabiduría de Dios, pues todo el saber del mundo es para con Dios muy gran necedad [cap. III, pp. 151-152].

A la luz de todo lo que antecede, y partiendo de la idea central de esta primera etapa de la filosofía erasmiana, según la cual la sabiduría y la bondad de la doctrina de Cristo, basada en la caridad y el amor al prójimo, aparecen a los ojos del mundo como una muestra patente de locura rematada y sin remedio, el *Enquiridión* plantea, de modo original y personalísimo, un tema fundamental en la concepción y génesis del *Quijote*. Tema que, aunque no puede considerarse fuente exclusiva de inspiración de una creación tan compleja y ambiciosa como la gran novela cervantina, parece haber desempeñado un papel decisivo en la formulación del famoso concepto del loco cuerdo, acuñado por Cervantes para definir la peculiar locura de su héroe. Como ya hemos visto, la idea de que todo

aquél que quiera seguir el ejemplo de Cristo será tenido por loco por los sabios de este mundo, es muy frecuente en las páginas del *Enquiridión*, donde se nos advierte reiteradamente de las funestas consecuencias que puede tener para nosotros seguir al pie de la letra las enseñanzas del mensaje evangélico:

Y aun con todo esto que avemos visto, no dudo yo sino que de hoy más te han a ti de comenzar a ladrar importunamente algunos destos locos que se tienen por sabios, y algunos que son ciegos, y presumen ellos de adestrar a otros ciegos, y te hundirán a bozes, diziéndote que desvarías, que te tornas loco, que sales fuera de tu juyzio, porque te quieres llegar a Jesu Christo. Estos tales no tienen otro cosa de christianos sino el nombre y la chrisma, que en lo demás no son sino perseguidores y burladores de Jesu Christo y de su doctrina [cap. III, pp. 152-153].

Teniendo en cuenta que, al igual que en las páginas de la *Moria*, esta locura de imitar a Cristo es la verdadera sabiduría, Erasmo acuña en torno a esta paradójica contradicción un juego de antitesis en el que formula por vez primera los conceptos de *locura cuerda* y *necedad sabia*, que Cervantes aplicará posteriormente a Don Quijote y Sancho Panza, especialmente al primero, que aparece definido casi al pie de la letra como *un cuerdo loco* y *un loco que tiraba a cuerdo*, por Don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán (II, 17, p. 685). Véase a continuación el importantísimo pasaje erasmiano a que me refiero, en el que se encuentra también una alusión a la necedad sabia de Sancho, que, con su poco saber o su no saber nada, sabe agradar a Cristo:

Assí que, pues esto passa, tú, hermano mío suavíssimo, despreciando la manera de bivar que comúnmente se usa, y reprovando para contigo lo que las gentes tienen por bueno, abráçate muy de verdad con la doctrina de Christo, y todo lo demás que en este mundo se te puede ofrecer a los sentidos o te pueda atraer a sí con alguna bondad aparente o te pueda apartar y desquiciarte de tu propósito con temores o inconvenientes que te pongan delante, todo lo menosprecia, no haziendo más caso de lo uno que de lo otro, con desseo bivo de seguir a Christo por amor suyo y como él lo quiere. Sólo Jesu Christo te baste, a quien debes mirar, que es suficiente para que por él te devas regir, y a su Evangelio se le ha de dar totalmente crédito, pues él solo es el que absolutamente nos endereça a lo que devemos rectamente sentir, y nos da la regla necesaria para bienaventuradamente bivar. *Bien sé que el mundo tiene esto por desatino y locura*; pero esto es por donde le plugo a Dios de llevar a los que, creyéndole y confiándose de él, se uviessen de salvar. *Bienaventurada es la necedad tan sabia y la locura tan cuerda y el desatino tan discreto, que con todo su poco saber, o su no saber nada, sabe agradar a Christo* y sabe sus palabras a la llana. Aquélla me di tú que es miserable necedad y malaventurada, que de tanto saber nos priva, como es saber qué cosa es Christo y saber seguir su doctrina [Regla VI, pp. 350-351].

Ahora bien, el principal objetivo de Cervantes en los innumerables parlamentos y discursos que pone en boca de Don Quijote en sus intervalos de cordura y lucidez, es poner de relieve la locura que supone la pretensión quijotesca de instaurar el bien y la justicia en este mundo, aplicando al pie de la letra los preceptos de caridad y amor al prójimo que propugna la fe cristiana y que son parte integrante de los ideales caballerescos. En este sentido, es preciso tener muy

en cuenta que, aun cuando el principal objetivo de Don Quijote al hacerse caballero andante es buscar las aventuras para cobrar eterno nombre y fama con el valor de su brazo, en realidad el afán que le mueve en su locura justiciera y redentora no es tanto una sed delirante de gloria como un afán altruista de hacer el bien a los demás, de acuerdo con los votos que ha jurado cumplir y obedecer como supuesto miembro de la orden de caballería. Propósito formulado claramente por Cervantes en el primer capítulo de su obra, donde el afán quijotesco de salir en busca de aventuras y ponerse en ocasiones y peligros para realizar hazañas heroicas, que le proporcionen eterno nombre y fama y redunden en el aumento de su honra, está supeditado de manera inequívoca a una finalidad más alta. Esta finalidad más alta, que en opinión del buen hidalgo manchego estriba en el cumplimiento de la misión bienhechora que le ha sido encomendada, no tiene como exclusivo objeto la conquista de la gloria terrenal y mundana, sino que aspira a reparar toda clase de injusticias y agravios, poniendo todo su esfuerzo al servicio de la república en defensa de los débiles y de los menesterosos:

En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.³

II

Firmemente convencido, por su desvariada imaginación caballeresca, de haber sido elegido por el cielo para llevar a cabo una misión justiciera y redentora, su ilusoria creencia de ser un ejecutor de la voluntad divina, encargado de restaurar la justicia en este mundo, constituye la base y fundamento ético de la locura quijotesca. De ahí procede que las fórmulas caracterizadoras de esa misión justiciera de Don Quijote se conviertan en un *leitmotiv* constante a todo lo largo de la obra, hasta el punto que la calificación burlesca por la cual el buen hidalgo manchego se presenta a sí mismo como «desfacedor de agravios y sinrazones» acaba por ser parte integrante de la nominación del personaje, para subrayar con despiadada ironía el reiterado fracaso de las empresas que acomete.

De todos los rasgos caracterizadores de la monomanía caballeresca de Don Quijote, es éste posiblemente el que aparece con mayor insistencia a todo lo largo de la novela cervantina, como expresión sin duda de la bondad intrínseca de Alonso Quijano el Bueno, quien, pese a tener la mente ofuscada por las nieblas de la locura, profesa en toda su pureza los más nobles ideales del perfecto caballero cristiano. Y aunque el extravío de la razón le impide darse cuenta de que no tiene la edad ni las fuerzas necesarias para defender con las armas dichos ideales, ello no es óbice para

3. Cito por la edición que siempre manejo: Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (texto y notas Martín de Riquer), Barcelona, Juventud, 1950.

que, confundiendo la realidad con el deseo, aspire a poner en práctica las virtudes morales y humanas y los rasgos de valor y heroísmo que le brindan como ejemplo y modelo los esforzados paladines de los libros de caballerías.

Aquejado por los efectos perturbadores de la locura imaginativa que padece, que le inducen a suplantar la realidad que se ofrece a sus ojos por las alucinaciones y engaños de su fantasía, el buen hidalgo manchego, en sus momentos de extravío, no sólo es incapaz de percibir tal cual es el mundo que le rodea, sino que, a pesar de toda su prudencia y saber, le es imposible alcanzar con cordura y lucidez un verdadero conocimiento de sí mismo. De ahí que, a pesar de sus constantes derrotas y fracasos, de los que no ha logrado extraer el menor escarmiento o desengaño, Alonso Quijano se haya forjado en el mundo imaginario de su fantasía una personalidad ilusoria, en la que no sólo se ve a sí mismo como un verdadero paradigma de valor y heroísmo, sino como una auténtica personificación de las virtudes e ideales que tiene como norma el perfecto caballero cristiano de Erasmo.

Desde el punto de vista erasmiano, las más importantes de todas estas virtudes son las que corresponden al principio evangélico del amor al prójimo y a la práctica de la caridad cristiana a través de las obras de misericordia y de las bienaventuranzas, tal como están formuladas en el Sermón de la Montaña recogido en el Evangelio de san Mateo (5-7). Principios todos ellos en que se inspira la alegoría caballerescas del *Enquiridión*, la cual, bajo el simbolismo religioso y guerrero propio de los libros de caballerías a lo divino, expone la doctrina del bien y del amor a los demás, basada en la práctica del sacrificio y de la renunciación, en la que tiene sus fuentes el evangelismo cristiano de Erasmo. Y es altamente sintomático, a este respecto, que en todos aquellos pasajes en que Don Quijote define su ideal de vida, alude a los votos que ha jurado guardar y mantener o expone los deberes que está obligado a cumplir por su condición caballerescas, se da una completa coincidencia entre las cualidades morales que adornan a Amadís de Gaula, supremo ideal novelesco del caballero andante, y las virtudes espirituales y ascéticas que la alegoría religiosa y caballerescas del *Enquiridión* erasmiano exige al perfecto caballero cristiano.

Tal es el caso de los numerosos pasajes en que el autor del *Amadís* pone en boca de su héroe el credo religioso y moral en que se inspiran sus aventuras y hazañas guerreras, siempre encaminadas a socorrer dueñas y doncellas, deshacer entuertos y agravios y defender la bondad y la justicia en favor de los débiles y los oprimidos, como puede verse en los ejemplos siguientes: «*Que muchos y muchas venían a él con tuertos y agravios que les eran hechos, y les hacía alcanzar su derecho, pasando grandes afrentas y peligros de su persona*» (Lib. III, cap. LXX, 705 a). «*Mas andando a unas y a otras partes, quitando y enmendando muchos tuertos y agravios, que a personas flacas, así hombres como mujeres, por caballeros soberbios se hacían*» (Lib. III, cap. LXXII, 720 b). «*Muchas tierras extrañas he andado y grandes desventuras han pasado por mí, que largo sería de contar, pero las que más me ocuparon y mayores peligros me trajeron fue socorrer dueñas y doncellas en muchos tuertos y agravios que les hacían*» (Lib. III, cap. LXXX, 802 a).

Pasajes que tienen su exacta correspondencia en el *Quijote* cervantino, cuya

intención paródica tiene en las sobrehumanas virtudes caballerescas de Amadís de Gaula el supremo ejemplo y modelo que el buen Alonso Quijano, llevado por su exaltado idealismo, pretende ridículamente imitar y emular, sin tener la edad, el valor ni las fuerzas necesarias para ello. Como le dice oportunamente la sobrina, con su habitual realismo y buen sentido: «¡Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que, si fuese menester en una necesidad, podría subir en un púlpito e irse a predicar por esas calles, y que, con todo esto, dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres [...]!» (II, 6, p. 602).

Ello no impide, sin embargo, que en los arrebatos de injustificada vanagloria que le produce su desvariada locura caballerisca, el bueno de Don Quijote, eternamente derrotado pero en su imaginación nunca vencido, atribuya siempre mayores méritos a la misión justiciera y redentora que constituye el supremo objetivo de su vida, que a sus fracasadas empresas heroicas. Hecho subrayado ya en los comienzos de la obra por la voz omnisciente del narrador, en la caracterización de la locura de su héroe, cuando decide hacerse caballero andante: «No quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer» (I, 2, p. 41). Proyecto vital en el que se cifra el principal objetivo de su misión caballerisca, que aparece después con insistente reiteración a lo largo de toda la novela, en boca del propio protagonista, para retratarse a sí mismo y dar a conocer a los demás los rasgos definitorios más destacados de su personalidad.

Buena prueba de ello son los numerosos pasajes en que Don Quijote, incapaz de darse cuenta de lo ridícula que resulta a los ojos de los demás la actitud jactanciosa y vana con que habla de sus inexistentes hazañas caballerescas, se proclama a sí mismo defensor de los débiles y de los menesterosos en los términos antes citados: «*Sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones*» (I, 4, p. 57). «Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios» (I, 19, p. 175). Completados por este otro, donde traza un breve resumen, extremadamente ilustrativo, de sus andanzas y desventuras: «*Quise resucitar la ya muerta, andante caballería, y ha muchos días que, tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo*» (II, 16, p. 671).

Ejemplos todos ellos claramente ilustrativos de la intención altruista, benefactora y justiciera de Don Quijote, que resume del siguiente modo las empresas realizadas y los méritos contraídos en el ejercicio de su misión caballerisca, des-

pués de ser duramente increpado y reprendido por el grave eclesiástico que encuentra en casa de los duques, quien no duda en calificarle desdeñosamente de sandio y mentecato:

De que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros, por el de la adulación servil y baja; otros, por el de la hipocresía engañosa, y algunos, por el de la verdadera religión; *pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes* [II, 32, p. 802].

Como consecuencia de esa vocación justiciera y redentora, el afán altruista de hacer el bien se convierte en uno de los principales rasgos distintivos del perfil humano y moral de Don Quijote, y junto a la ambición de cobrar eterno nombre y fama con el valor de su brazo, a la que aquél da un sentido religioso y un fundamento ético, es la causa determinante de la mayor parte de las aventuras que emprende y de los fracasos que cosecha. Dispuesto en todo momento, salvo en sus repentinos accesos de ira, propios de un temperamento furioso y colérico, a cumplir con los preceptos de caridad y amor al prójimo del Sermón de la Montaña, el buen hidalgo se jacta en más de una ocasión de su generoso afán de hacer el bien a todos y el mal a ninguno. La fórmula aparece ya en boca del propio hidalgo manchego en el episodio del retablo de Maese Pedro:

Porque yo soy el mismo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algún tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, *doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre a hacer bien a todos, y mal a ninguno* [II, 25, p. 754].

Rasgo caracteriológico confirmado más tarde por el bueno de Sancho Panza al escudero del Caballero del Bosque:

—Eso no es el mío —respondió Sancho—: digo, que no tiene nada de bellaco; antes tiene una alma como un cántaro: *no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día* [II, 13, p. 651].

Y posteriormente por el propio Don Quijote, en el episodio con la dueña Doña Rodríguez en el palacio de los duques:

Si eres alma en pena, dímelo; que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, *porque soy católico cristiano y amigo de hacer el bien a todo el mundo; que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien a las ánimas de purgatorio se estiende* [II, 48, p. 915].

Pasajes pertenecientes todos ellos a la Segunda Parte del *Quijote*, en la cual Cervantes parece hacerse eco de las palabras del Evangelio de san Mateo y de las doctrinas paulinas sobre la caridad, glosadas por Erasmo en las páginas del *Enquiridión*, como puede verse en los siguientes fragmentos de la traducción castellana del arcediano del Alcor:

A todos de todo corazón quiera bien y les dessee bien y les haga bien. No haga daño al que se lo ha merecido, y haga bien y provecho aun al que nunca se lo mereció. Así se huelgue de los bienes y prosperidades ajenas como de las suyas propias; y así le duelan las adversidades de los otros como las suyas, porque esto es en la verdad lo que el Apóstol nos manda: gozarse con los que se gozan y llorar con los que lloran. Antes digo que el christiano verdadero más pena suele tener por la adversidad o mal de su próximo que por el suyo propio; como vemos también que el amor muy crecido más dessea el bien para la persona a quien mucho ama que para sí mismo, y más se huelga que lo haya alcanzado, hasta dar la vida por la del amigo. ¿Pues cuánto mejor parecería tal charidad en el buen christiano haziéndose por amor de Jesu Christo? Y así lo quiere sant Pablo escribiendo a los de Corinto que no ande nadie tras lo que a él le está bien, sino busque lo que más al próximo cumple [pp. 323-324].

Se trata, como puede verse, de una actitud moral pacífica y misericordiosa, inspirada en las más puras fuentes del evangelismo cristiano y de las Epístolas de san Pablo que, por influjo evidente del *Enquiridión* erasmiano, Don Quijote hace extensiva a su condición militar y guerrera de caballero andante, considerado como soldado de Cristo y ejecutor de la justicia de Dios sobre la tierra. El paradójico influjo de las doctrinas del humanismo cristiano de Erasmo en el ideario caballeresco de Alonso Quijano el Bueno es claramente perceptible en la memorable aventura del rebuzno, donde, al explicar las causas justificadas que pueden obligarnos a tomar las armas, el buen hidalgo manchego parece recordar, una vez más, la traducción castellana del *Enquiridión*. De cuyas reglas y preceptos evidentemente se aparta en lo que respecta al estricto cumplimiento del mandato evangélico, que nos ordena no resistir al mal con el mal, sin olvidar en ningún momento la severa admonición erasmiana, en la cual el gran humanista holandés nos advierte que si somos mundanos no somos cristianos. Véase el pasaje cervantino a que me refiero:

Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, para defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, el servicio de su rey, en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta, que se puede contar por segunda, es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen a tomar las armas; pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; *cuanto más que el tomar venganza injusta, que justa no puede haber alguna que lo sea, va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen; mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino*

para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu [II, 27, pp. 772-773].

Discurso que amplifica en términos originales, procedentes de otras fuentes, las ideas erasmianas sobre el mismo tema que encontramos en el *Enquiridión*, con las cuales coincide casi literalmente al glosar un conocido pasaje del Evangelio de san Mateo (5, 39-44):

Otros alegan que es cosa lícita, según derecho, resistir por fuerza al que nos haze fuerza, y que si por tu ley y por tu rey, que así diz que también por lo tuyo morirás [...] No castiga el Emperador al que haze lo que las leyes humanas consienten, yo te lo confieso; mas *¿qué hará tu Emperador Jesu Crhisto, si tú quebrantas su ley, que está escrita por Sant Matheo en esta manera?*: «Yo os digo que no resistáys con mal al que os quisiere hazer mal; de manera que si alguno te diere una bofetada, antes te dispongas a recibir otra, que no entendas en vengar aquélla, ni dessees mal al que te la dio, ni dexes de tenerle amor [...] *Amad a vuestros enemigos, hazed bien a los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y acusan y desseedles todo bien, porque seáys hijos de vuestro Padre que está en los cielos*» [pp. 331-332].

III

Ahora bien, el rasgo más destacado de ese quijotesco afán de hacer el bien es el fracaso que invariablemente acompaña sus inoportunos afanes justicieros y la ingratitud con que los demás acogen los beneficios recibidos. Esa perpetua derrota de la figura triste y melancólica del pobre Don Quijote —supremo arquetipo, después de Cristo, de la bondad burlada y escarnecida, en quien se cumple la amarga verdad del refrán popular, según el cual quien se mete a redentor será crucificado— aparece prefigurada y descrita en el siguiente y curiosísimo pasaje del *Enquiridión*, que parece contener en germen el tema central del *Quijote* cervantino:

O si por ventura qual o qual oviere que quiere ser bueno de verdad, luego todo el mundo ha de burlar dél, y así será escarnecido como asno entre las monas, ha de andar hecho terrero de necios y aun de los que son tenidos por cuerdos, y a una voz, de todos llamado loco, desvariado, bobo, inábil, ypócrita, necio, malencónico, inconversable, estremado, fuera de toda razón y juyzio de ombre, y aun apenas será tenido por ombre; finalmente, que si no le llaman ereje no le hazen poca honrra, pero a lo menos inventarán otros nombres que tampoco no se tengan por muy onrrosos, y si no le persiguen abiertamente no será poca maravilla, mas por bien que libre no se escapa menos, sino que le han de roer las haldas y aun las barbas, calumniando quanto hiziere y dixere y echando mil juizios sobre su vida. Desta manera, si os plaze, tenemos ya los christianos la dotrina de Jesu Christo en veneración, y así onrramos y tratamos a los que procuran de seguirle [...] que por cierto no hay hoy cosa más abatida, ni persona más corrida que el que quiere tomar muy a pechos y de todo corazón el camino de ser siervo de Dios y seguir la dotrina de Jesu Christo [Regla VI, pp. 303-304].

Planteamiento erasmiano al que corresponde casi exactamente la airada y severa reprensión de que es objeto el pobre Don Quijote por parte del grave eclesiástico con quien topa en casa de los duques:

—Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: volveos a vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? [II, 31, pp. 800-801].

Palabras a todas luces insultantes y deshonorosas para Alonso Quijano el Bueno, a quien el capellán orgulloso y colérico califica, en los términos más despectivos, de «Don Quijote o Don Tonto», al reprochar al duque, su señor, que dé pábulo a las disparatadas fantasías caballerescas de aquel pobre mentecato. Curioso paralelismo, al que hay que añadir la sorprendente coincidencia que otra de las ideas contenidas en el mencionado texto del *Enquiridión* ofrece con la jabonadura de las barbas de Don Quijote en casa de los duques, en el mismo capítulo de la novela cervantina. Episodio donde al pobre hidalgo manchego, no sólo le llegan a «raer las barbas», como apunta el citado pasaje erasmiano, sino que es objeto, en presencia de los duques, de la burla más humillante y vejatoria por parte de cuatro doncellas que, una vez terminada la comida, le someten a la siguiente ceremonia:

Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de don Quijote; el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos, lavar las barbas, así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero; tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza.

[...] La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó a la del aguamanil fuese por ella; que el señor don Quijote esperaba. Hízolo así, y quedó don Quijote con la más estraña figura y más para hacer reír que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le veían con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fue gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa [II, 32, p. 805].

Dejando aparte la posible inspiración erasmiana de este episodio cervantino, probablemente el ejemplo más representativo del afán redentor y justiciero que mueve a Don Quijote y de la ingratitud que normalmente le acompaña, se encuentra en la aventura de los galeotes. Capítulo en el cual Cervantes pone de relieve el absurdo empeño de Don Quijote de aplicar al pie de la letra la misión que se ha arrogado a sí mismo de socorrer a los miserables y desvalidos, o, como él dice, a los sojuzgados y opresos contra su voluntad:

—En resolución —replicó don Quijote—, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad [...]. Pues desamaneja la ejecución de mi oficio; desface fuerzas y socorre y acudir a los miserables.

—Advierta vuestra merced —dijo Sancho—, que la justicia, que es el mismo rey, *no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos* [I, 22, p. 205].

Empeñado en averiguar las causas de su condena, después de interrogar a todos y cada uno de los galeotes y de escuchar con gran atención las especiosas y amañadas razones con que le dan cuenta de sus delitos, Don Quijote llega a la conclusión de que, si bien han sido castigados por sus propias culpas, no merecen las duras penas que les han impuesto:

Todo lo cual [...] me está diciendo, persuadiendo y aun forzando, que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y *el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y oprimidos de los mayores*. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz; que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres [...] Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello [I, 22, p. 212].

Ante la negativa del comisario real, que se niega a poner en libertad a los forzados que lleva a galeras, Don Quijote arremete de improviso contra él, le deja en el suelo malherido de una lanzada, y libera a los galeotes, que rompen sus cadenas y logran poner en fuga a pedradas al resto de los guardas. Para subrayar, con amargo sarcasmo, la inutilidad de la insensata e irresponsable conducta de Don Quijote, Cervantes hace que éste, después de liberar a los forzados del rey, pretenda que, cargados con sus cadenas, se pongan en camino para ir a rendir pleitesía a Dulcinea del Toboso. Ante la rotunda negativa de éstos, expuesta con argumentos totalmente convincentes por el avisado Ginés de Pasamonte, «ya enterado de que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había acometido como el de querer darles libertad» (I, 22, p. 214), el buen hidalgo manchego profiere contra ellos toda clase de amenazas e insultos, a los cuales los galeotes contestan a pedradas hasta dar con Don Quijote en el suelo.

Víctima de la más negra ingratitud, que él mismo ha provocado con su generosa intención de hacer el bien a quienes no eran capaces de agradecerlo ni se encontraban en situación de hacerlo, Cervantes cierra esta deliciosa escena, llena de comicidad y desengañada ironía, con una amarga reflexión sobre este nuevo fracaso de la intención quijotesca de poner en práctica los preceptos del mensaje evangélico:

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote; el jumento, cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras, que le perseguían los oídos. Rocinante, tendido junto a su amo, que también vino al suelo de una pedrada; Sancho, en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; *don Quijote, mohinísimo de verse tan malparado por los mismos a quien tanto bien había hecho* [I, 22, p. 215].

Reflexión que viene a completar, en los comienzos del capítulo siguiente, el sentencioso comentario del propio Don Quijote, en uno de sus típicos momentos de cordura y lucidez:

—Siempre, Sancho, lo he oído decir, que *el hacer bien a villanos es echar agua en la mar*. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho; paciencia y escarmentar para desde aquí adelante [I, 23, p. 216].

La opinión que le merece a Cervantes la pretensión quijotesca de enmendar la plana a la justicia, y la autoridad que se atribuye de perdonar los delitos y las culpas ajenas, se refleja claramente en las palabras del cura al final de la historia de la princesa Micomicona, en el episodio de Sierra Morena, donde cuenta a Don Quijote, Sancho, Cardenio y Dorotea, el supuesto robo de que el barbero y él habían sido víctimas por obra de cuatro salteadores:

—Es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltaron son de unos galeotes que dicen que libértó, casi en este mismo sitio, un hombre tan valiente que, a pesar del comisario y de las guardas, los soltó a todos; y, sin duda alguna, él debía de estar fuera de juicio, o debe de ser tan grande bellaco como ellos, o algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas; [...] quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos; [...] quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo [I, 29, p. 305].

Avergonzado por la severa reprensión del cura, Don Quijote, a quien «se le mudaba la color a cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente» (I, 29, p. 306), es puesto en evidencia por la indiscreción de Sancho, la cual provoca la justa cólera de su amo, convencido de haber obrado como un buen cristiano, según los votos que está obligado a mantener como miembro de la orden de caballería:

—Majadero —dijo a esta sazón don Quijote—, *a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimidos que encuentran por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas, o por sus gracias; sólo les toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga; y a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido; y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene* [I, 30, p. 306].

El pleito entre los dos criterios enfrentados —que contraponen la legitimidad de la justicia legal, refrendada por razones de sentido común y argumentos de orden práctico, al precepto evangélico de la caridad cristiana y a la obligación moral de cumplir con las obras de misericordia— tiene su culminación en el posterior encuentro de Don Quijote con los cuadrilleros de la Santa Hermandad durante su segunda estancia en la venta. En efecto, uno de dichos cuadrilleros, según cuenta la voz omnisciente del narrador, «entre algunos mandamientos que traía para prender a algunos delincuentes, traía uno contra Don Quijote, a quien

la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dio a los galeotes, y como Sancho con mucha razón había temido» (I, 45, p. 480). Después de comprobar que la descripción que figura en el mandamiento de prisión coincide puntualmente con las señas de Don Quijote, intenta detener a éste asiéndole del cuello y conminándole a darse preso en nombre de la Santa Hermandad. Intento al que el buen hidalgo manchego se resiste con todas sus fuerzas, asiendo a su vez al cuadrillero de la garganta con ambas manos, con tanta energía que está a punto de estrangularlo. Aunque Don Fernando consigue separar a ambos contendientes, no por esto se interrumpe la acción de la justicia:

Pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen a dársele atado y entregado a toda su voluntad, porque así convenía al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y carreras. Reíase de oír decir estas razones don Quijote, y con mucho sosiego dijo:

—Venid acá, gente soez y malnacida: *¿saltear de caminos llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos?* ¡Ah, gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante [...] *Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad;* decidme: ¿Quién fue el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son esentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? [I, 45, pp. 481-482].

La importancia decisiva de este pasaje cervantino estriba en que Don Quijote, además de reiterar los principios de la caridad cristiana en que se inspira su ideal caballeresco, denuncia claramente la corrupción y la venalidad de los oficiales de la justicia, a quienes acusa de ser iguales a los mismos ladrones. La idea procede claramente del *Enquiridión* de Erasmo, de un pasaje que Cervantes parece haber recordado en la airada acusación quijotesca que acabamos de transcribir, y que dice así en la traducción castellana del arcediano del Alcor:

Si tú con ambición procuras un officio de la república, no para aprovechar al bien común de ella, sino por proveer particularmente a tu hazienda o por vengarte de quien mal quieres, éste tu tal cargo, para con Dios no es sino hurto. Persigues a los ladrones, no con intención que cobre su hazienda el que la perdió, sino por sacar tú de ella algún repelón. *Ruégote que me digas qué diferencia ay de ti a los mesmos ladrones, sino que ellos son, por ventura, robadores de mercaderes, y tú robador de robadores, ellos roban en despoblado y tú en poblado* [Regla VI, pp. 337-338].

IV

Mayor importancia posee, como testimonio inequívoco de la lectura del *Enquiridión* por parte de Cervantes, la maliciosa y burlesca alusión a la famosa doctrina erasmiana del cuerpo místico de Cristo, que surge inopinadamente en el curso de la discusión en que se ensarzan Don Quijote y Sancho a comienzos del capítulo segundo de la Segunda Parte de la novela. Se trata de una doctrina

inicialmente inspirada en la inmortal metáfora de san Pablo en la Epístola I a los Corintios, en la cual se afirma que por obra del espíritu todos somos miembros del mismo cuerpo, que es Cristo. Según la epístola paulina, para que no haya desavenencias en ese cuerpo, sino que todos los miembros se interesen unos por otros, Dios ha hecho «por manera que si un miembro padece, todos los miembros a una se duelen, y si un miembro es honrado, todos los miembros a una se honran» (XII, 12-27).

Según el maestro Marcel Bataillon, en esta grandiosa imagen de san Pablo se inspira la concepción erasmiana del verdadero cristianismo, basada en la virtud de la caridad y del amor al prójimo, y en la idea de que «la gracia de Dios no es un favor excepcional e inaccesible. Cristo es la cabeza de ese cuerpo cuyos miembros somos todos nosotros. Su fuerza y su gracia descenderán sobre ti» (*Erasmus y España*, IV, p. 193). Idea clave en la *philosophia Christi* de Erasmo, dentro de la cual, como ha señalado certeramente José Luis Abellán en *El erasmismo español*, «la figura de Cristo, como modelo arquetípico en que la perfección del hombre ha llegado a su más alta y sublime expresión, es al mismo tiempo imagen de una humanidad en la que todos los hombres son miembros de un cuerpo, cuya cabeza es Cristo, en conformidad con la inspiración paulina de ese cristianismo interiorizado» (II, p. 76).

Expresión simbólica del profundo sentimiento de fraternidad y solidaridad humanas en que se basa, de acuerdo con el espíritu evangélico de caridad y amor al prójimo, el humanismo cristiano de Erasmo, la metáfora paulina del cuerpo místico de Cristo aparece, desde sus primeras páginas, como uno de los temas centrales del *Enquiridión*, donde lo encontramos formulado en los siguientes términos:

Vees también, por otra parte, a tu próximo padecer mil desventuras, y con tal que tu hacienda esté en salvo, en lo demás, ni tienes compasión dél ni se te da un maravedí. ¿Qué me dirás que es la causa porque esto no lo siente tu alma? A la fe, hermano: porque está muerta. ¿Cómo muerta? Porque no tiene en sí a su verdadera vida, que es Dios. Ca donde Dios está, allí mora la charidad, pues el mismo Dios es charidad. Porque, de otra manera, *si tú eres miembro bivo de Christo, dime, ¿cómo puede alguna parte deste cuerpo (como es el próximo, que es también miembro) tener dolor, sin que tú también te duelas ni aun lo sientas?* [cap. I, p. 121].

Planteamiento que puede completarse, entre otros muchos, con el siguiente pasaje del *Enquiridión*, referente a la falta de caridad y amor al prójimo, que fomenta la discordia entre cristianos, miembros de un mismo cuerpo:

Mira assimismo qué es lo que el próximo ha menester, y qué puedes tú por él hazer; considera, de más de esto, que cualquier ombre que sea, aunque parezca extraño, es tu hermano en el Señor, que es Padre de entrambos y es heredero juntamente contigo, siendo el medianero de todos Jesu Christo, y *es también miembro de un mesmo cuerpo donde lo eres tú, redemido por la mesma preciosa sangre* [...] y esto sólo basta que digas: «Mi carne es, hermano mío es en Jesu Christo». *¿No vees que el bien que se haze a un miembro redunde y se comunica a todo el cuerpo, y por el consiguien-te se reparte o deriva también en la cabeça? Todos, pues, entre nosotros somos miembros unos de otros, y como miembros ayuntados hazemos un cuerpo. De este cuerpo la*

cabeça es Jesu Christo, y la cabeça de Jesu Christo es Dios. Qualquier cosa de bien o de mal que a uno de los miembros se haze, a todos se haze, a Jesu Christo se haze y a Dios se haze, porque todas estas cosas son una mesma: Dios, Christo, cuerpo, miembros [Regla VI, pp. 324-325].

Un eco irrespetuoso e irónico de esas doctrinas se encuentra en el diálogo que sostienen Don Quijote y Sancho en casa del buen hidalgo manchego, al principio de la Segunda Parte, antes de salir nuevamente de su aldea en busca de aventuras para ver a Dulcinea del Toboso. Diálogo en el cual Sancho Panza, que ha tenido que defenderse ante el ama y la sobrina de ser el verdadero culpable de las andanzas caballerescas de su amo, se queja de la pasividad de Don Quijote el día que le mantearon en la venta, cuando, en vez de defenderle con su espada, se limitó a ser mero espectador de sus desdichas (I, 17, pp. 158-159). El tema aparece en las palabras de justificación de Don Quijote, al recordar el lazo inseparable que les une como compañeros de fatigas, pese a su diferente condición de amo y criado, que no les ha impedido correr la misma suerte:

—Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas; juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Eso estaba puesto en razón —respondió Sancho—, porque, según vuestra merced dice, más anejas son a los caballeros andantes las desgracias que a sus escuderos.

—Engañaste, Sancho —dijo don Quijote—; según aquello, *quando caput dolet...*, etcétera.

—No entiendo otra lengua que la mía —respondió Sancho.

—*Quiero decir —dijo don Quijote— que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que a mí me toca, o tocara, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo.*

—Así había de ser —dijo Sancho—; *pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados a dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos.*

—¿Querrás tú decir agora, Sancho —respondió don Quijote—, que no me dolía yo cuando a ti te manteaban? Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses; pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo [II, 2, pp. 574-575].

Si se tiene en cuenta, como ya hemos señalado, que la oposición del cuerpo y del espíritu es el tema central del *Enquiridión*, en que se basa la concepción erasmiana del cristianismo interior, el cual propugna el desprecio de las cosas exteriores y carnales para valorar únicamente las interiores y espirituales, será fácil darse cuenta de la maliciosa ironía que encierra este pasaje de Cervantes, donde contraponen el dolido realismo sanchopancesco al cómodo espiritualismo de Don Quijote. Que sus especiosos argumentos resultan muy poco convincentes para su escudero lo demuestra claramente el hecho de que, en el capítulo siguiente, Sancho Panza vuelva a insistir con intencionado sarcasmo en el mismo tema:

—Pues si es que se anda a decir verdades ese señor moro —dijo Sancho—, a buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos; porque nunca a su merced le tomaron la medida de las espaldas que no me la tomasen a mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mío, del dolor de la cabeza han de participar los miembros [II, 3, p. 581].

No quisiera finalizar esta breve enumeración, forzosamente provisoria e incompleta, de las huellas que el *Enquiridión* erasmiano ha dejado en el *Quijote* de Cervantes, sin mencionar el texto en el cual este influjo aparece de modo más claramente ilustrativo de la relación existente entre ambas obras. Me refiero al siguiente pasaje de la gran novela cervantina, perteneciente a uno de los sabrosos diálogos que el buen hidalgo manchego sostiene con su escudero Sancho Panza. Se trata de un pasaje de clara influencia erasmiana, en el que son fácilmente perceptibles ecos directos de la alegoría caballerescas, religiosa y guerrera del *Enquiridión*, en el cual, significativamente, Don Quijote se llama por dos veces a sí mismo «cristiano, católico y andante caballero». A través de las palabras de su héroe, Cervantes no sólo señala de modo tajante e inequívoco la decidida vocación quijotesca por la gloria celestial y eterna, en detrimento de la fama terrenal y mundana, sino que expone, a la manera alegórica del *Enquiridión* erasmiano, las armas espirituales de que ha de valerse el perfecto caballero cristiano en su lucha contra las tentaciones del demonio, las pasiones del alma y de la carne y las asechanzas del mundo:

—Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera [...] Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado. Así ¡oh Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama [II, 8, pp. 616-617].

Pasaje claramente inspirado en la alegoría caballerescas del *Enquiridión*, y más concretamente en la siguiente enumeración de las armas del caballero cristiano:

¿Quieres, pues, agora saber qué son las armas del cavallero christiano? Oye lo que dize el libro de la Sabiduría: que tomará Dios las armas con el zelo de bolver por su honra, y armará también a toda su gente para vengarse de sus enemigos. *Echaráse a cuestras unas coraças de justicia, y su capacete será una regla de juzgar muy derecha-*

mente. Embraxará su escudo muy rezio, que es la ygualdad y razón que no sufre fuerça ni se puede falsar, y su lança amolada será su yra muy estraña. Léese también en el profeta Esayas: Armóse Dios de justicia, como de una cota de malla; y puso en su cabeça por yelmo una voluntad y poderío que tiene para salvar a los que le siguieren [...]

Pues si te parece que demos también una buelta por la sala de armas de sant Pablo, capitán por cierto asaz diestro en ellas y señalado, allí hallarás muy buen recaudo para esta nuestra cavallería. Que aunque no son las armas que allí tiene, como él mesmo se lo dize, hechas de hierro y azero como estotras humanas, y así mucho menos son para matar los cuerpos ni para defenderlos cubriendo con ellas la carne; pero son unas armas espirituales, fuertes y poderosas por virtud de Dios, para destruir y assolar los perversos consejos y dañados pensamientos de quien se quisiere hazer fuerte y enhestar lança contra él y contra la publicación de su dotrina [cap. II, pp. 144-145].

Alegorismo religioso y guerrero, que Erasmo desarrolla más ampliamente en los posteriores capítulos de ese *Manual del caballero cristiano*, verdadero código de conducta ética, que es a la vez una guía espiritual y mundana, cuyo soterrado influjo en el *Quijote* cervantino no es posible pormenorizar aquí con el detalle y la atención que merece.